

EMIGRACION DE NEGROS LIBRES NORTEAMERICANOS

A
SANTO DOMINGO
(1824-25)

POR JEAN STHEPHENS

En cierto momento dado del postrer día o de la última noche del año 1824, el casco de un barco fue arrastrado hasta las costas de Sand Key, el islote más meridional de las Islas Turcas, en las Indias Occidentales. Era el resto de la nave que llegaba sin capitán abordo, ni tripulante, ni persona sobreviviente alguna que fuera conocido. Por los documentos hallados a bordo se reveló que era el buque "Jerome Maximilian", salido del puerto de New York el día 2 de diciembre, con destino a Puerto Príncipe, Haití, bajo la dirección del capitán Marre. Thomas Wynns, Agente Comercial de los Estados Unidos en Islas Turcas, envió un informe mediante el cual avisaba a los embarcadores metropolitanos y a otras personas pertinentes, que una parte considerable de sus bienes habían sido salvados y que éstos, serían manejados conforme a lo determinado por la ley en tales casos.

Cuando llegó la noticia a los Estados Unidos, a fines del mes de enero, los navieros se sintieron consternados más para los otros "vinculados" al viaje la suerte del "Jerome Maximilian" fue algo especialmente trágico. En él habían embarcado como pasajeros cincuenta emigrantes negros de los Estados Unidos, libertos, mujeres y niños, con la esperanza de iniciar una nueva vida en la República de Haití.

Fue una esperanza de corta duración para estas víctimas de los vientos y bajíos de las Antillas. La formulada invitación para que estos negros libres hicieran el viaje había sido formulada por Jean Pierre Boyer, Presidente de Haití, sólo unos

cuantos meses antes, en junio de 1824. El primer barco con emigrantes, el "Charlotte Corday", había salido de Filadelfia el 23 de agosto. Tan sólo habían transcurrido un verano y un otoño durante los cuales tomaron la valiente decisión de abandonar la patria que lo había sido por varias generaciones, por poco generosa que pudiera ésta haber sido para ellos, y para resolverse a ir a vivir entre gentes de distinta historia, lengua, costumbre y religión. Los emigrantes habían recibido la promesa de que en la república negra de Haití disfrutarían cuando menos de igualdad civil y de aceptación social; condiciones que ni aún siendo libres se le reconocían a los negros en los Estados Unidos.

De repente, esperanzas y expectativas se vieron desvanecidas para los pasajeros del "Jerome Maximilian", excepto, quizás, para una sola mujer.

En la península de Samaná, al nordeste de la actual República Dominicana, que para 1824 estaba, como la totalidad de la isla gobernada por Haití, viven numerosos miembros de una familia de apellido Hamilton, quienes, hablando en su a veces, arcaico inglés, dicen que son "depended" de una negra americana que fue arrastrada por las olas, pegada a un madero, hasta la costa septentrional de Samaná, después del naufragio de un buque. La antecesora de esta gente se llamaba Marie los Angeles y fue hallada por uno de los nativos de la península, quien más tarde contrajo matrimonio con ella. Marie pronto descubrió que aquel madero al cual se pegó desesperadamente le había llevado a una colonia de inmigrantes como ella misma. Estos habían llegado a Samaná procedentes de los Estados Unidos en el curso del mes anterior. A diferencia de ella, habían desembarcado a salvo en la población de Santa Bárbara, en la Bahía de Samaná, adonde llegaron en la goleta "Unity" y el bergantín "Dove". En breve se vieron seguidos por otros inmigrantes embarcados en los bergantines "Mary" y "Four Sons". A pesar, de su feliz arribo, algunos de los pasajeros se quejaban del viaje. Uno de ellos, John Crowell, escribió a los suyos en Filadelfia el 14 de enero de 1825, una carta dirigida al pastor de su iglesia y vecino suyo, Richard Allen, lo siguiente:

"Han estado señaladamente enfermos los pasajeros del bergantín "Dove", debido a que se puso el agua en unos envases de aceite; lo que, con las provisiones saladas, sin duda, debió resultar perjudicial para los pasajeros, aunque nuestro

capitán se mostró con excelente disposición para prestar atención a los enfermos”.

Sea por ésta o por otras razones, en el relato transmitido de generación en generación entre los descendientes de los emigrantes a Samaná, de los cuatro barcos que transportaron a ese lugar a los emigrantes, tan sólo se recuerda el nombre del “Dove” el cual ha sido románticamente transformado en “Turtle Dove”. Dan también otro dato romántico conservado en torno al naufragio de un barco en Samaná, el cual depositó allí los inmigrantes que llevaba, en lugar de desembarcarlos en Santo Domingo, que era el puerto al cual estaban destinados. Los escritos existentes fechados en esa época no respaldan tal versión, pero a lo mejor esa historia tiene relación con la de la familia Halmiton y el relato del naufragio del “Jerome Maximilian”. Esto nos plantea preguntas en torno a esta última desgracia. Es este el único naufragio conocido que concuerda con la época, el lugar y las circunstancias del caso. El barco se daba por muy retrasado cuando sus restos dieron a las riberas de Sand Key. ¿Se habrían deslizado, silenciosos y sin nadie encima empujados por los vientos y corrientes prevalecientes por esos mares, desde el lejano lugar donde ocurrió el naufragio hasta los banços de Samaná?

Si el naufragio del “Jerome Maximilian” es solamente un evento posible, o un misterio, en la historia del establecimiento de aquellos que todavía se dicen ser “americanos”, vino a ser una tragedia importante en el proyecto poco conocido, práctico y humanitario de asentamiento de inmigrantes. En menos de un año, unos 6,000 americanos negros fueron transportados de los estados del medio Atlántico de América del Norte hasta varios lugares de la isla Hispaniola, emigración que fue iniciada por el Presidente Boyer y financiada totalmente por el gobierno haitiano.

La idea no era original de Boyer. En 1820, en las vísperas de la desgracia y suicidio de Cristóbal, gobernante del reino que existió en la parte norte de Haití, su agente Sanders (también conocido en los Estados Unidos como el príncipe Sanders), se estaba preparando para salir rumbo a los Estados Unidos como emisario de una propuesta similar a la más tarde adoptada por Boyer. La repentina cancelación hecha por Cristóbal de la firma de los papeles que acreditaban el nombramiento de Sanders, lo que hubiera puesto el plan en marcha, constituye una corazonada de Cristóbal acerca de su futuro inmediato, pues el proyecto era uno de sus planes favoritos.

Desde la época del primer levantamiento de los

negros de Haití en 1789, han habido allí fuertes deseos de hacer retornar a ese país los esclavos que fueron llevados a Norte América con sus amos franceses. Dessalines, en 1804, ofreció un premio de \$40 dólares a los capitanes americanos por cada negro haitiano que pudieran ellos retornar de los Estados Unidos. Esta oferta pudo haber sido de mucha eficacia antes de la revolución haitiana. Los dueños de plantaciones consideraron que los africanos "curados" en las Antillas tenían mejores probabilidades de sobrevivir, por lo cual constituían mejor riesgo financiero. Consecuentemente muchos de los esclavos de América del Norte fueron traídos de las islas antillanas en lugar de Africa.

En los Estados Unidos, una convención de abolicionistas americanos, reunida en Filadelfia en 1818, había sugerido la posibilidad de enviar negros libres a Haití. Cristóbal estaba interesado en ello y le escribió al gran abolicionista inglés quien como era generalmente sensible a todo lo que fuera en contra de la esclavitud, lo dio riendas sueltas a su entusiasmo e imaginación, sintiéndose al punto de ponerse loco de alegría. Este le contestó a Cristóbal que a lo mejor los Estados Unidos podía ser persuadido para que comprara la parte española de la isla, las dos terceras partes al oriente que son hoy el territorio de la República Dominicana, para poblarla con los esclavos emancipados y cederlos a Cristóbal. Este cándidamente acarició tal cosa y Sanders debió estar en Filadelfia para el 6 de octubre de 1820, con una proposición muy responsable y prometedor, así como acompañado por un barco y \$25,000 dólares como primera contribución al proyecto. El plan de Cristóbal para los negros norteamericanos libres murió con él el 8 de octubre del mismo año, pero otro plan como el suyo se había venido gestando en la república haitiana del Sur, gobernada por Boyer.

En 1818, Henri Simonise, mulato nacido en Carolina del Norte, pero educado en Inglaterra, halló que su posición y sus expectativas en los Estados Unidos eran intolerables y se fue para Haití. Se hizo amigo de Balthasar Inginac, brigadier general de la República haitiana gobernada por Boyer. En 1820 Simonise persuadió a Inginac a que fundaran la Sociedad Filantrópica de Haití. El propósito de la entidad era ayudar a establecer en ese país todo negro libre que deseara venir de los Estados Unidos. Una sociedad había sido fundada en los Estados Unidos cuatro años antes con el fin de colonizar con negros americanos la costa occidental del Africa. Inginac y Simonise pensaron que la moderna república de Haití, en

las Antillas, era obviamente mejor lugar a donde emigraran los negros libres norteamericanos "ya curados", que la distante y formidable costa africana, de la cual, para la época ya había varias generaciones que habían sido estos negros traídos.

Los acontecimientos condujeron al derrocamiento del reino norteño de Cristóbal y la subsecuente conquista de toda la isla por Boyer, lo que mantuvo al general Inginac y a otros miembros de la Sociedad Filantrópica de Haití ocupados durante varios años sucesivos. La entidad languideció, pero la idea se mantuvo latente y Boyer debió haber tomado en consideración la posibilidad de que la sociedad fuera de beneficio para Haití, así como elevado su aliento humanitario. Finalmente, cuando en 1824 la paz y una unificación del país habían sido establecidas, Boyer se sintió en condiciones de ser práctico y al mismo tiempo humanitario.

Con Cristóbal, el último de los monumentales, pero díscolos líderes de la revolución haitina, dejó de existir. Boyer era menos carismático de lo que habían sido ellos, pero era un ejecutivo capaz y honesto. Había sido educado en Francia y había dado pruebas de sus habilidades de militar y de líder durante la revolución haitiana. Un dueño de plantaciones en La Florida que conoció a Boyer en el año 1830 dijo de él a un amigo lo siguiente:

"El es muy inteligente y sensato, y creo en su gran integridad y patriotismo. Es de mediana estatura y de complexión algo oscura. Sus maneras son finas y desenvueltas".

Sin duda, Boyer estaba consciente de las necesidades vitales de su joven república. La población de la isla había sido diezmada por las desenfradas matanzas de la revolución y por la huida de los que pudieron abandonarla. La abundancia de la producción agrícola, que en un tiempo hizo acuñar la frase "rico como un criollo" en lengua francesa, había sido reducida a una fracción inferior a su inicial contenido semántico. Francia estaba reteniendo su reconocimiento de la independencia haitiana y negociándolo por una enorme indemnización. Era cuestión imperativa repoblar la isla y vigorizar su economía mediante los únicos medios entonces asequibles a una economía agrícola sostenida por esclavos: la agricultura voluntaria desarrollada por hombres ligeros.

En los Estados Unidos había una posible solución al problema de Boyer. Existía allí, una población de 200,000 negros libres, oprimidos y mal recibidos en todas partes. Y si un buen número de ellos pudiera ser inducido a emigrar a Haití y

comprometerse a redimir la tierra inculta, las ambiciones de Boyer comenzarían a realizarse.

Por su parte algunos negros libres educados en los Estados Unidos, y otros que estaban conscientes de que el mundo entero no podía ayudar a resolver el problema estaban interesados en esta nueva nación antillana gobernada exclusivamente por negros.

El reverendo Thomas Paul, ministro negro bautista de Boston, estaba pensando mucho en Haití. Para él, era una desgracia que la religión nacional haitiana fuera la católica romana. En realidad los haitianos debían beneficiarse del “despertar” del protestantismo americano que estaba produciendo tan poderoso impacto, tanto sobre blancos como sobre negros, los esclavos como los hombres libres.

Thomas Paul era consciente de sus dones, que eran prodigiosos. Nacido en Exter, New Hampshire, de “padres respetables” fue consagrado como ministro bautista en 1804. Además de ejercer su ministerio en la African Baptist Church en Joy Street de Boston, había ayudado a fundar la Abisinian Baptist Church, en New York, y atrajo grandes multitudes a sus campañas evangelizadoras en comunidades habitadas por blancos de los alrededores de Boston. El podía “predicar a una audiencia de más de mil personas y lo había hecho adueñándose de su atención por más de una hora”. Sus bautizos “produjeron una impresión indeleble” aún en los meros espectadores. En 1823, el Rev. Paul presentó a la Sociedad Misionera Bautista de Massachusetts un plan para mejorar las condiciones morales y religiosas de los haitianos. Los directivos lo recibieron con entusiasmo y Paul fue enviado a Haití sin dilación.

La misión del reverendo Paul, destinada a conseguir conversiones, no fue particularmente exitosa. Paul era sin duda un orador elocuente, pero no hablaba francés, la lengua nacional de Haití, y mucho menos el creole, la lengua de los campesinos haitianos. Sin duda, esto impidió que pudiera dirigirse a grandes multitudes como sabía hacerlo inspiradamente en lengua inglesa. Disfrutó de su visita a Haití, a pesar de esto, y describió el país con la retórica característica de un predicador de campañas de la manera siguiente:

“La isla está deliciosamente situada, teniendo en abundancia cuanto es necesario y aun medios para una vida lujosa. Nos ofrece a la vista la escena más romántica y hermosa que pueda suponerse; mientras sus verdes montañas nos recuerdan lo que

hemos leído acerca de los montes de la antigüedad bíblica; como el Gilboa, el Tabor, Líbano, Carmelo, Sion, sus fértiles valles nos ofrecen la iujurante escena del Canaá de los israelitas.”

El Presidente Boyer recibió a Paul y este quedó impresionado por la generosa oferta que le hizo de traer emigrantes americanos a la isla. Paul también conoció al general Inginac, quien ofreció asentar en sus plantaciones personales a cualquier ministro que le fuera enviado.

El reverendo Paul muy pronto envió a un joven apellido Brown y otros cuatro compañeros, de Boston, embarcados en el bergantín “William”, en la primavera siguiente. Para avisar de su llegada a salvo, Inginac escribió a Paul en los términos siguientes:

“He enviado estos cinco hombres a una de mis fincas de café, donde confío que estarán contentos. Si son industriosos y sobrios, allí serán felices, pues encontrarán motivos suficientes para ello. . . Gracias por el cuidado que ha tenido en mandar estos cinco hombres. Todavía dispongo de lugar donde colocar una docena, a quienes deberá dirigir a mi en la confianza de que al hacerlo, estaremos contribuyendo a mitigar la miseria de nuestra gente orientándolo a que se ganen la vida sin humillaciones ni otras desgracias. Continuaré pagando el pasaje de los que decidan venir a trabajar en mis propiedades para recibir en ellas la mitad del producido, como lo he hecho con los que han venido”.

No hay dudas de que Boyer, estaba en conocimiento del envío, realizado por Paul, de estos hombres y se sintió acicateado en sus planes por este motivo y por las pesquisas hechas acerca de otros posibles emigrantes y la llegada de otros a Haití, que lo hicieron por su propia cuenta. Esto lo llevó a establecer incentivos para los emigrantes que tan necesitados estaban. En el día de Nochebuena de 1823, envió las instrucciones siguientes a los Comandantes de Distritos de la República:

“Deseoso de aumentar en el país el número de los agricultores y, consiguientemente, la población, he decidido, estimados generales, que a los emigrantes de color que vengan a Haití con deseos de establecerse en montañas o valles del país para cultivarlos con sus propias manos, terrenos propiedad del Estado le han de ser entregados, con autorización de cultivarlos en su propio provecho personal. Estas tierras, después de pagados los impuestos establecidos por la autoridad

del lugar, le serán cedidas gratuita y sencillamente a los que inicien en ellos trabajos y mejoren su valor, dividiéndolas en siembras convenientes, como cultivo de café y otros productos que puedan dar ingresos al Estado”.

Había un movido comercio entre la ciudad de New York y la de Puerto Príncipe. Las nuevas de la medida puesta en marcha por el presidente haitiano y la actitud en breve adoptada por el reverendo Loring D. Dewey, ardiente abolicionista que había sido recientemente nombrado agente de la Sociedad Colonizadora en New York, aceleraron los acontecimientos. Dewey había impreso nueva vitalidad al capítulo neuyorquino de la mencionada sociedad; él visualizó la idea de la emigración hacia Haití con el mismo entusiasmo, aunque en forma y celo un poco independiente. Le escribió personalmente al Presidente Boyer, a través de la oficina del general Inginac, y planteó preguntas tan directas y comprometedoras como las siguientes:

“¿. . . si llegara la oportunidad y estableciéramos en su isla a cualquiera que decidiera emigrar a ella, se le ofrecerá en la misma manera irrestricta en la cual nuestro gobierno le ofrece a todos los inmigrantes procedentes de otras naciones, que comprendan el costo de las tierras y que las puedan obtener en grandes cantidades, de modo que muchos puedan establecerse en la misma vecindad? ”

Inquirió además si el gobierno haitiano pagaría el costo del transporte; hasta donde ayudaría a los inmigrantes; la posición de las personas casadas en matrimonio y el estado de las facilidades educativas existentes en la república y, aún ambiciosamente, preguntó si la Sociedad obtendría permiso para “organizar una colonia en su isla, que tuviera sus propias leyes, tribunales y cuerpos legislativos, estructurados en toda forma a la manera de los Estados de la Unión americana y vinculados al gobierno de Haití, solo que cada estado cuente con su propio gobierno como lo es en general en nuestro país”.

Boyer estaba encantado. Naturalmente presumía que esta era una encuesta oficial de la American Colonization Society. Como resaltó en sus instrucciones a su agente encargado de realizar la emigración, estaba ansioso de tomar algunas medidas en relación a la emigración, pero:

“ . . . el temor de que los injustos prejuicios tenidos en el extranjero contra la República de Haití, pudieran dar pie a que se mal interpretaran sus intenciones, me impidió, por entonces,

adoptar ninguna medida oficial, que al presente no vacilo en tomar, porque recibí en el curso del mes de abril una comunicación oficial del señor Loring D. Dewey, Agente General de la Sociedad para la Colonización del Africa, con asiento en New York, mediante la cual trata de asegurarse de que el gobierno haitiano consienta en que se realice la emigración de estos hijos del Africa”.

En su respuesta a Dewey, el Presidente Boyer se manifestó entusiasmado y generoso al decir:

“El gobierno de la República ayudará pagando los gastos del viaje de los que no puedan costeárselo, a menos que la Sociedad Colonizadora haga el resto. El gobierno dará terrenos fértiles a los que deseen cultivarlos, les facilitará alimentos, herramientas y otras necesidades indispensables hasta que puedan establecerse bastante bien sin tener necesidad de más ayuda. . . No importa cual sea el número de los emigrantes; todos cuantos deseen venir con la intención de someterse a las leyes del país, serán bien recibidos”.

Ofreció terrenos “gratis, mediante el pago de los impuestos simplemente, a los que los cultiven. . . La cantidad de terreno sería en relación con la cantidad que la familia pueda cultivar. Para lo demás, la mejor buena voluntad para los recién llegados sería la base de todo acuerdo”.

Boyer tan solo puso objeciones a las colonias con derechos estatales. “Eso”, dijo, “no podrá ser”:

“Las leyes de la República son de aplicación general, y ninguna otra ley particular podrá existir. Los que vengan, como hijos del Africa, se convertirán en nacionales haitianos tan pronto como pongan pie en el suelo de Haití; disfrutarán de felicidad, seguridad, tranquilidad, en la medida en que todos nosotros las poseemos, a pesar de que los que nos difaman digan lo contrario”.

Casi con el mismo tacto Boyer le contestó a Dewey, nombró un funcionario de la República para que fuera a los Estados Unidos como agente para la emigración, y embarcó 50,000 sacos de café consignados a Charles Collins, de New York, para que fueran vendidos y el productor de la venta depositado en una cuenta para cubrir los gastos de la emigración.

La American Colonization Society fue tomada totalmente de sorpresa. El promover la emigración a Haití era inconsistente con los muy publicados objetivos de la Sociedad para

“cristianizar” al Africa y jamás sería cosa aceptable para los sureños que respaldaban tal entidad y que a menudo eran dueños de esclavos. Pocos dueños de plantaciones, ni aun en interés de remover el incendiario ejemplo de los negros de Haití y en vista de lo productivos que resultaban sus negros esclavos, se sentirían entusiasmados en reforzar el número de habitantes de una nación vecina formada por negros que había dispuesto de manera violenta de la vida de sus amos blancos.

La Sociedad inmediatamente desaprobó la acción de Dewey y, ante el hecho de que venía en camino el agente del gobierno haitiano y un embarque de café ya en ruta hacia los Estados Unidos, Dewey se vio obligado a renunciar su puesto de la Sociedad y a movilizar a sus amigos abolicionistas para fundar una nueva sociedad promotora de la emigración a Haití de personas de color.

El agente de Boyer fue Jonathan Granville, más tarde autor de varias obras sobre diversos temas, un hombre gallardo y bien educado. Granville demostró ser el mejor propagandista y ariete del proyecto de migración que Dewey hubiera esperado conseguir.

El ciudadano Granville llegó a Filadelfia a bordo del bergantín “Stephen Girard”, el 9 de junio de 1824. El periódico “New York Commercial Advertiser” lo describió como “un hombre inteligente, un caballero muy bien educado, cuya complexión era la de un mulato de piel oscura”. Durante el viaje de Granville, en un buque que hacía la travesía de Filadelfia a New York, al día siguiente de su arribo a los Estados Unidos, tuvo la oportunidad de conocer por vez primera y de manera perdurable, la impresión que debían producirle las costumbres del público americano. El siguiente relato fue reproducido en varios periódicos y no hay duda de que circuló de boca en boca entre un número aún mayor al de los meros suscritores de esos periódicos:

“Al estar sentado a la mesa, el ciudadano Granville fue rudamente maltratado de palabras por un teniente sureño, pero no le hizo caso hasta el momento en que éste se le dirigió en forma más insultante y pública. Ante esto se levantó inmediatamente e hizo la siguiente observación de que “en su país, era su oficio encargarse de poner en la cárcel a los haitianos que insultaran a los extranjeros”. El entonces se dirigió, en forma muy gallarda, al resto de los presentes poniendo énfasis en que lamentaba haber roto las reglas del país, las que repetaba por deber y en señal de buena

educación, y en el acto abandonó la mesa. Dieciocho de los pasajeros presentes se levantaron simultáneamente y ordenaron otra mesa aparte, lo que se hizo al momento. El ciudadano Granville fue invitado a tomar asiento en ella para comer en compañía de ellos; y el teniente fue dejado solo en su mesa. Este, sin embargo, debe decirse en su favor, ante tal actitud envió excusas al señor Granville, quien luego replicó: "Yo escribo los insultos en arena y las atenciones en mármol".

El periódico "Advertiser" consideró que la respuesta de Granville "hubiera conferido crédito moral a Napoleón mismo". En Haití, el periódico "Feuille du Commerce" reprodujo la historia con la observación de que "un hombre pulido, como el oro, es común verlo en cualquier país del mundo".

En añadidura al insulto recibido en el viaje, cuando Granville llegó a New York, se vio atacado por los rigores del clima. Una fiebre alta, ocasionada por una gripe, le impidió asistir a la primera reunión celebrada en New York para promover la emigración. Desde su cama de enfermo escribió al autor del artículo acerca de su incidente lo siguiente:

"Honoseres merece Ud. y todos cuantos no identifican con un rostro negro un negro corazón.... el oficial de la marina con quien tuve este altercado se condujo de la manera más noble y si el relato todavía no ha pasado a la posteridad para señalar rutas a los americanos de mente amplia, la conducta de este si el relato todavía no ha pasado a la posteridad para señalar rutas a los americanos de mente amplia, la conducta de este oficial lo proclama, pues resulta verdaderamente valiente corregir sus propias faltas cuando cualquier cobarde hubiera podido cometerlas impunemente".

A pesar de todas las vicisitudes experimentadas por el proyecto de emigración durante el año siguiente, Granville continuó siendo una figura libre de todo reproche.

El anuncio de la llegada de Granville a New York fue una noticia emocionante para otro haitiano, John Henri Alexandre. Después de haber estado ausente por 25 años de su patria, había regresado a Haití al ver que el país había sido unificado. Alexandre había vuelto luego a los Estados Unidos para estimular a sus amigos de Long Island a que emigraran y se establecieran, como lo había hecho él, en Haití. Se sabe de Granville dejó a sus amigos de Long Island y rápidamente se dirigió a New York, a fin de participar en las actividades emigratorias. Meses más tarde, se sintió constreñido a

enviar una carta a un periódico de New York, para contradecir el rumor circulante de que él había sido enviado a los Estados Unidos por Boyer como propagandista de la emigración.

A comienzos del verano de 1824, empero, escasos eran los motivos para excusarse por cualquier acción relacionada con la emigración. Con visible gracia, el ciudadano Granville adaptó las instrucciones que le diera Boyer a las nuevas condiciones que se presentaron, debido a la desaprobación de la iniciativa de Dewey, de parte de la Sociedad Colonizadora. Administró el financiamiento de emigración, por la cual ahora el gobierno haitiano tenía que asumir toda la responsabilidad, y viajó de ciudad en ciudad a lo largo de los estados del litoral Atlántico, para hablarle a los posibles emigrantes y a las sociedades de blancos que habían sido organizadas para respaldar el proyecto.

Varias sociedades fueron inmediatamente organizadas en New York, Baltimore y Richmond. En New York, un abolicionista cuáquero, Thomas Eddy, a pesar de estar apenado por la muerte repentina de su hija, escribió a sus "Amigos", hermanos en la fe, urgiendo que respaldaran la emigración. Dirigió una extensa carta a Thomas Cope, residente en Filadelfia, comunicándole sus consideraciones y opiniones, acerca de la emigración y le pidió que promoviera la fundación de una sociedad en Filadelfia orientada a lograrla. Eddy le recordó a Cope que en Haití un negro,

"puede en todos sentidos estar en paridad de igualdad civil frente a sus conciudadanos y compañeros. Que allí tendría ventajas que jamás podría disfrutar en este país, no importa cuan bien educado sea, ni si por medio de su industria hubiera adquirido riquezas, o hubiera podido conquistar la condición de ser considerado una persona respetable, jamás serían admitidos a servir al lado de un blanco ni aún como miembro de un jurado judicial. A unas cuantas casas de la mía reside Peter Williams, quien ha sido formalmente consagrado miembro del clero de la Iglesia Episcopal de esta ciudad. Yo lo conozco bien desde hace más de veinte años. Es persona sensata, religiosa, una capacidad en griego y latín. Con todo, si este señor tuviera que viajar por medios colectivos y tuviera que sentarse junto a sus compañeros de viaje para desayunar o comer, de seguro sería insultado, o si sus muchachos se mezclaran a jugaran con los niños blancos del vecino más cercano, la señora blanca vecina mandarían a llamar a uno de los sirvientes y le darían instrucciones para que haga salir a los

pequeños negros porque no deben jugar con sus hijos”.

En lugar de la urgencia planteada por Eddy y de la visita hecha por Granville a la ciudad, el periódico “The United Stated Gazette”, de Filadelfia, informó lo siguiente:

“Ninguna sociedad para la emigración a Haití ha sido organizada en Filadelfia ni es probable que se funde en breve. Aquí se piensa que el traslado de 5 ó 6 mil de las mejores personas de color tendría un efecto muy desfavorable para los que se queden en el país. Además existen dudas de que un gobierno militar, por bueno que sea para los haitianos, sería adecuado para las costumbres de aquellas personas de color que han disfrutado de perfecta libertad en Filadelfia. De aquí que el sentimiento público, así como podemos captarlo, es de que las personas de color de esta ciudad debían ser dejadas totalmente a su propio arbitrio, que no se pongan obstáculos ni se tomen medidas que aceleren su partida”.

Esta posición pública neutral de Filadelfia era razonablemente adecuada. De toda la población negra del país en esta época, la de Filadelfia era probablemente la que menos estaba en necesidad de la orientación y el consejo de los blancos. Filadelfia era la sede del obispo Richard Allen, de la Bethel African Methodist Church y de la African Protestant Church St. Thomas, organizada por Absalon Jones. Estas eran las más antiguas congregaciones independientes bajo la dirección de ministros negros en los Estados Unidos. Juntos, Allen y Jones habían dirigido el éxodo de personas de color de la St. George Methodist Episcopal Church, cuando Jones fue importunado mientras oraba y casi tirado al suelo debido a un malentendido acerca de donde debían sentarse los negros de esa congregación. Allen y Jones habían organizado la “sociedad de los Negros libres”, una de las primeras de su clase, destinada a promover el compañerismo, la respetabilidad y la ayuda mutua entre los miembros de la comunidad negra. Cuando en 1817 se propuso el programa de colonización de la costa Occidental del Africa, Allen y James Forten, otro negro prominente, convocaron una reunión que juntó unos 3,000 personas de color para declarar su oposición al proyecto.

Había fuerte liderazgo de negros en Filadelfia y prontamente se pronunció acerca de la emigración a Haití. Aun cuando Richard Allen había rechazado la idea de que los negros americanos, debido a haber vivido durante varias generaciones en el país, arriesgaran sus vidas y se ofrecieran voluntariamente para ir a

civilizar y cristianizar las tierras africanas, ahora aunque se trataba de algo extraño a los negros por ser patrocinado por blancos, vio una considerable diferencia ente aquella emigración para Africa y la destinada a Haití.

Allen organizó el primer embarque rumbo a Haití. El mismo barco que llevaba los primeros emigrantes de Filadelfia también llevaba una carta del Reverendísimo Richard Allen al Presidente Jean Pierre Boyer. He aquí la carta:

“Mi corazón arde afectivamente al reconocer el tipo de oferta que ha hecho usted a esta pobre gente oprimida aquí en los Estados Unidos, al ofrecerles un asilo donde puedan disfrutar de libertad e igualdad.

Al llegar el ciudadano Granville a este país, fui de inmediato en su ayuda ofreciéndole toda la asistencia posible para la ejecución de sus planes. En lugar de presentar una fuerte oposición, invité a la gente para que se reuniera en mi iglesia (Bethel) para que le explicara a ellos sus proposiciones. Encontré que estaban deseosos de aceptarlas. Yo entonces preparé un libro donde inscribir los nombres de aquellos que deseaban embarcarse para Haití.

“Tengo anotados en mi lista de posible emigrantes los nombres de 500 personas listas para embarcarse tan pronto se hagan las provisiones necesarias, además de los que ya se han embarcado.

“No dudo que pronto serán varios miles los aspirantes a embarcarse para Haití a pesar de todos los esfuerzos hechos por los blancos que tratan de detenerlos en su empeño. . .”

“Estamos enviando en este viaje 58 adultos sin contar los niños, en su mayoría gente respetable e industriosa. Confío en que logren hacer una impresión favorable a aquellos con quienes le toque convivir. . . . Las personas que están embarcándose en esta nave, llamada “Charlotte Corday”, son pías y religiosas. He autorizado dos de ellas a predicar y Exhortar”, una semana después del embarque hecho en

Filadelfia, un grupo estaba listo para salir de New York. La Sociedad para la Promoción de la Emigración de Negros Libertos, que había sido formada por insinuación de Loring Dewey, había cooperado con otra auxiliar constituída por negros, evidentemente consciente de las ventajas que esto proporcionaba.

En la mañana del día 2 de septiembre, el “nuevo y magnífico bergantín deWitt Clinton”, completamente lleno de pasajeros “unas 120 personas de color, entre hombres y mujeres, incluyendo varias familias blancas”/estaba fondeado en la bahía del

río Norte. El capitán William Barstow estaba esperando que bajara la marea en la tarde para proceder a iniciar el viaje hacia Puerto Príncipe. El periódico "New York Daily Advertiser" informó que los emigrantes parecían "contentos y plenamente satisfechos de su determinación".

Se había tomado mucho cuidado para dar a los emigrantes una despedida estimulante y consoladora. El "Advertiser" reconoció que la Sociedad de Personas de Color había "demostrado mucha discreción y había desarrollado mucha actividad en relación con la partida de emigrantes".

"Los emigrantes fueron especialmente reunidos en la African Zion Church durante la noche anterior a su embarque. Se cantó un himno y se rezó una oración a cargo del Rev. Paul, pastor de la African Baptista Church de Boston. El sermón de despedida lo pronunció el Rev. Peter Williams, pastor de la African Episcopal Church. Esta homilía había sido publicada y distribuida entre los emigrantes y justo es decir que la consideramos sumamente juiciosa y adecuada para la ocasión. Al parecer produjo poderosa impresión en la mente de los emigrantes y sin duda ha de tener saludables consecuencias. Esta prédica dice mucho de la capacidad intelectual y de los nobles sentimientos de su autor, el señor Williams. Una sentida invocación fue luego dirigida por ese mismo caballero, después de la cual se dirigieron a los emigrantes los señores C.D. Colden y el profesor Griscom, a nombre de la Sociedad para la Emigración, y pronunció un discurso un señor haitiano de color. Tras lo cual fue cantado un himno y la bendición apostólica fue impartida por el Rev. James Varick, pastor de la African M. E. Zion Church. El templo estuvo lleno de gente de color, tanto hombres como mujeres de distintas denominaciones religiosas que daban la impresión de tener vivo interés en el bienestar de los emigrantes y de estar muy impresionados por el culto religioso".

Tanto de Filadelfia como de New York, la emigración rumbo a Haití se inició con las bendiciones de los hombres que habían de alcanzar prominencia en la historia del protestantismo de los negros americanos.

Poco después del embarque realizado en New York, se produjo la partida del bergantín "Strong", del puerto de Baltimore, con destino a Cabo Haitiano, llevando un pequeño grupo de emigrantes. Diez días más tarde, el 24 de septiembre, salieron 200 emigrantes de Filadelfia. Durante la segunda semana de octubre, el

periódico "Evening Post" informó lo siguiente:

"El buque "Concordia" espera salir esta tarde, o mañana en la mañana, de este puerto, rumbo a Haití, con alrededor de 160 personas de color, de uno y otro sexo. Seis barcos en Filadelfia, uno en Alexandria y otros siete en Baltimore, están a punto de partir con el mismo destino. Se ha calculado que entre tres a cuatro mil personas saldrán de los Estados Unidos en cuestión de unos cuantos días, y que, cada dos semanas, un número adicional será embarcado bajo la dirección del agente del Presidente Boyer, quien paga los gastos de su transportación por autorización del gobierno haitiano".

El proyecto se desarrolló en forma rápida. Conforme un embarque tras otro salía con emigrantes de los Estados Unidos, los periódicos comentaban editorialmente y debatían la importancia social y política de lo que estaba sucediendo. Se publicaban largos artículos, que rivalizaron en cuanto al espacio, con la pregonada visita de Lafayette y con los melancólicos recuentos acerca de la muerte de Lord Byron. El ciudadano Granville defendió la emigración en un artículo de unas 3,000 palabras persuasivas, usando datos demográficos, referencias a los clásicos y citas en latín.

El interés inicial de los periódicos era cauteloso, y como Boyer lo había anticipado, éstos desconfiaban de sus intenciones. Cuando se puso en claro que el reconocimiento diplomático de Haití no constituía un impedimento para la emigración, los directores de los periódicos del Norte comenzaron a verla en forma favorable. Pronto los periódicos de New York y de Filadelfia se convirtieron en activos partidarios de la emigración hacia Haití.

En los estados medios del Atlántico, la esclavitud había sido abolida para 1824 o estaba llamada ser prohibida en cuestión de poco tiempo. Era general la simpatía en las clases altas por las condiciones y las perspectivas del negro en América del Norte, eran evidentes, pero resaltaba una creciente preocupación por la carga que representaban los negros libres, sin educación y en la indigencia, que había en las ciudades y por la competición económica y la tensión social entre negros y blancos de las clases obreras semicalificadas. Pocos blancos, por democráticos que fueran, se atrevían a pensar en una integración equitativa de las dos razas. Hasta Thomas Eddy, hizo planteamientos retóricas a su amigo, Cope, diciendo que "hay cierto número de negros que son casi blancos, pero que sin duda presentan trazas de tener sangre africana. Ni tu ni yo nos sentiríamos

satisfechos de que nuestros hijos establezcan relaciones con los niños de las personas descritas arriba". La separación mediante la emigración de los negros parecía ser la solución más humana del problema. había alguna duda en el Norte en cuanto a enviar negros hacia Haití, surgía principalmente de la cuestión de si la distancia y la peligrosidad de la costa africana eran peores para los emigrantes que "la religión católica, el idioma francés y el gobierno militar" de Haití.

Los periódicos señalaron al público las seguridades dadas por el Rev. Paul de que sus actividades de proselitismo protestante no habían encontrado ninguna interferencia en Haití.

El problema del lenguaje requería de más argumentos y razones, por eso se comentó lo siguiente:

"Algunas personas pensaban que dondequiera que se hablaba la lengua francesa, la religión en su sentido estricto era algo poco comprendido. Tal idea es errónea. El idioma francés, es usado común y efectivamente para el noble propósito de exhortar hombres para que se arrepientan, tal como se hace en nuestra lengua natal, la inglesa. Ha sido una de nuestras desgracias mirar a Inglaterra casi en forma exclusiva para buscar nutrición literaria, y siempre ha sido política de Inglaterra excluir cuanto fuera exclusivamente francés, y entre otras cosas la lengua de aquella nación no ha escapado a los daños causados por los prejuicios y las detracciones de los ingleses. Esta lengua ha sido presentada como tan solo propia para diálogos frívolos de las salas de pintura o como la más adecuada para expresar enfermizas ideas en esquelas amorosas. La lengua francesa, empero, ha sido vehículo de las verdades más importantes de la cristiandad, vestidas con los ropajes más vehementes del púlpito elocuente. Esta objeción, que hemos escuchado seriamente planteada como urgente por personas de genuina sensatez y de puras intenciones, no es admisible.

"En cuanto a que el gobierno de Haití es de tipo militar, por mantenerse en preparativos frente a la amenaza francesa de invasión, solo es algo menos sustanciosa que la inconsciente ironía que hoy contemplamos en lo siguiente:

"Puede haber, y hay, negros que les gustaría ganar gloria en alguna oportunidad que tengan de señalarse como defensores de la causa de la libertad, que estarían dispuestos a no pedir otra cosa al Presidente Boyer que darle la ocasión de ser colocados donde puedan combatir la opresión defendiendo la libertad haitiana. Tales negros creerían mucho mejor irse para Haití a la primera oportunidad que se les presente".

Mientras los periódicos norteros lubricaban con elocuencia las virtudes del movimiento emigratorio hacia Haití, los del Sur generalmente lo desaprobaban, o hacían caso omiso del mismo. El número de los negros libres iban aumentando en el Sur, pero la esclavitud no había sido abolida como en los estados del Norte. Por el contrario, nuevamente se venía convirtiendo en algo que parecía ser indispensable para la economía del Sur. En 1793, Eli Whitney al inventar máquinas útiles, había proporcionado al Sur los medios de transformar la resistente, pero corta, fibra del algodón en el cultivo de los Jardines de los Síndicos de Savannah, y sus cosechas de voluminoso valor de su mejor época, mediante mano de obra barata para la cosecha. Los cultivos del Sur de nuevo habían vuelto a ser propicios para explotar la fuerza y resistencia del negro. Las ciudades sureñas estaban deseosas de servir de medio para olvidar el ejemplo haitiano y la supuesta amenaza de los negros libres en sus calles, pero Haití, que no estaba lo suficientemente distante con su historia de violenta insurrección, constituía un ejemplo y un nombre que mejor era borrarlo de la memoria..

En Washington, el periódico "National Intelligencer" reflejaba la renovada riqueza y el poder político de los dueños de plantaciones en el Sur. El "Intelligencer" respaldaba la emigración al Africa, pero desaprobaba la dirigida a Haití desde sus comienzos. En Albany, New York, que también era un centro de actividad política, los periódicos seguían la orientación del "Intelligencer" que estaba pronto a realizar y a menudo exagerar cualquier medida del gobierno haitiano o cualquier incidente de la emigración hacia Haití que pudiera describirse como desfavorable a ese movimiento migratorio.

Así lo hizo el 5 de noviembre de 1824, cuando el Agente Comercial de los Estados Unidos en Puerto Príncipe, envió, sin información adicional, la noticia de que el gobierno haitiano había adoptado "las más vigorosas medidas" que podía decretar, "contra los barcos que se demostrara estaban llevando al extranjero nacionales haitianos o emigrantes fuera de la isla y en caso de no ser descubierto sino después de su salida, los consignatarios del mismo serían considerados responsables de tal acción".

Destacó el "Intelligencer" la noticia como evidencia contra la emigración, alegando que "no existe en todo el mundo cristiano, al menos por lo que hemos podido ver allí, un gobierno más despótico que el haitiano".

El periódico "Genius of Emancipation", la publicación abolicionista de Benjamín Lundy, puntualizó que se trataba más bien de una medida de defensa que un acto de despotismo. El comercio de los esclavos africanos había sido declarado ilegal por las principales potencias del mundo, pero el comercio negrero interno seguía siendo una actividad económica de importancia que nuevamente había vuelto a ser muy productiva. Todavía se continuaban comprando y vendiendo esclavos en Norte y Sur América. Más allá de la jurisdicción de un gobierno local que simpatizara con la prohibición del comercio negrero o donde no pudiera verlo un barco del gobierno, se sentía poca fuerza legal o moral que pudiera proteger ni aún a los negros ya manumitidos de la inescrupulosidad de capitanes y negreros. Era una medida práctica de parte del gobierno haitiano el amenazar a las firmas consignatarias de barcos con atribuirles la responsabilidad de una acción que pudiera facilitar la realización de una vileza ya que no había manera de avisar a todo negro ingenuo o incauto acerca de la posibilidad de ser embarcado con engaño para luego venderlo como esclavo. La emigración, en sí misma, era, no hay duda, una excelente mampara para los ladrones. . Por cierto, antes de que finalizara, se introdujeron hasta cierto grado de invenciones "comerciales" que iban convirtiendo la emigración en numerosas formas de tramposerías.

Mientras los periódicos de los Estados Unidos persuadían, argumentaban y acusaban, los emigrantes habían comenzado a llegar a La Hispaniola. Los pasajeros del "Charlotte Corday" recibieron una cálida y personal bienvenida en Puerto Príncipe. John Somersett escribió a su hogar para decir lo siguiente:

"Cuando fuimos desembarcados, los habitantes del país nos recibieron generalmente más como hermanos que como extranjeros, abrieron sus casas para acomodarnos y hacer todo lo posible para hacernos felices y contentos. El primer caballero que encontramos nos tomó de las manos y nos condujo a la mesa de su casa, y las señoras hubieran adoptado todos nuestros niños para criarlos como suyos, si hubiéramos podido separarnos de ellos".

Los miembros de la recientemente renovada Sociedad Filantrópica saludaron a los recién llegados con una recepción de bienvenida y aplaudieron un discurso pronunciado por el inmigrante Junius Morrell con evidente entusiasmo. El arribo del "DeWitt Clinton" fue algo aún mucho más ceremoniosamente celebrado. La

Sociedad Filantrópica, a solicitud de los inmigrantes, ofreció un banquete en honor del capitán Barstow y del “doctor B., un pasajero de primera”. Cierta número de ciudadanos prominentes de Puerto Príncipe estuvieron presentes en la ocasión y se intercambiaron discursos de cumplimento, incluso uno pronunciado por John Henry Alexandre, quien había acompañado a los inmigrantes como líder y consejero.

Durante los meses siguientes, la emigración estuvo “a la moda” en Puerto Príncipe, según un comentario del Agente Comercial de los Estados Unidos en esa capital. Este no era amigo ni de los inmigrantes ni de los haitianos, a quienes describía como “una raza verdaderamente fea y pervertida de seres a quienes tenía que tratar, aunque nos proporcionan un importante mercado donde colocar nuestros productos, lo que los hace merecedores de que cultivemos su buena voluntad”. El agente parece que no procuró entrevistar ni mostró deseo de ayudar a los inmigrantes. En lugar de esto, desde su posición en Haití, escribió prolijos despachos mediante los cuales opinaba acerca de las ventajas de la colonización del Africa con negros libres.

Un servidor estadounidense menos indiferente, oficial de la goleta del gobierno llamada “Grampus,” desembarcó en Puerto Príncipe el 23 de diciembre de 1824. De acuerdo con lo publicado por el periódico “United States Gazette”, al cual le escribió, “tuvo la oportunidad, a su llegada, de hacer indagaciones acerca de la situación de los emigrados de los Estados Unidos”. El día 24 de diciembre de 1824 “realizó una gira por el país” y escribió lo siguiente a la “Gazette”: “Era el día anterior al aniversario del nacimiento de Nuestro Salvador; los habitantes del país fluían hacia la ciudad con productos de la tierra”, y en consecuencia, declara que dispuso de la oportunidad de juzgar acerca de su situación mucho mejor que en la mayoría de las otras ocasiones. Puntualiza él: “No pude evitar un sentimiento de la mayor gratitud al observar no sólo la nítida apariencia de los pobladores tanto en sus personas como en sus casas, sino también en su porte y conducta”. Después de describir la productividad del país y los diversos frutos que se cosechan allí, dijo: “En mi paseo encontré varias partidas de inmigrantes y me sentí complacido por encontrarlos contentos con su situación actual, y anticipando el placer de sus futuras perspectivas”. Los únicos inmigrantes descontentos que encontró eran “aquellas personas que deseaban ser elevadas al grado de coroneles y generales y de líderes

políticos, y que al parecer pensaban que habían sido enviados al país para dirigir los destinos de la nación”.

Lo que los mismos inmigrantes escribieron a sus hogares indica que se sintieron bien tratados por el pueblo y por los funcionarios haitianos, pero sus noticias acerca del país raramente van más allá de la mención de la fertilidad del suelo y del rápido crecimiento de las cosechas. La carta de la niña de doce años de edad, Serena Baldwin, fechada en la ciudad de Santo Domingo, es una excepción placentera. Escribió a Elizabeth Cox, a quien el periódico “Commercial Advertiser”, de New York, identificó como “la amable e inteligente institutriz de la Escuela para Niñas Africanas Libres”, con la información siguiente:

“Santo Domingo, Septiembre 29 de 1824.”

Estimada maestra:

Complacida me apresuro a informarle de nuestro sano arribo a Santo Domingo, después de una travesía de veintidós días. Mamá, y yo misma, estuvimos muy afectadas con mareos por cerca de diez días, pero después de esto disfrutamos algo de los placeres de nuestro viaje. A nuestra llegada, fuimos conducidas por el capitán del puerto, a la residencia del gobernador, donde fuimos recibidos por éste con toda la fraternidad que podía demostrar hacia nosotros, como si hubiéramos sido íntimos amigos desde muchos años. Después de informarle de nuestra intención de ir a residir en el interior de la isla, fuimos conducidos a la residencia del segundo general en comando, donde fueron inscritos nuestros nombres. De ahí fuimos a ver la iglesia principal de la ciudad, templo que para dar una buena descripción del mismo se requiere de una pluma mucho más hábil que la mía. Debo decir que el altar es de plata sólida; que las obras esculpidas que llenan de arriba a abajo al altar mayor de cuarenta pies de altura son todas doradas; en el centro del cual está representada la Bendita Virgen María, sosteniendo en sus brazos a nuestro Salvador; que dicha iglesia tiene dos órganos. Hay unos pequeños arcos cavados en las paredes, que son de diez o doce pies de grosor; éstos son más de veinte; y en cada arcada hay depositada una imagen de algún santo particular; que sus columnas, que son de más de 20 pies de circunferencia, ascienden hasta el cielo raso del templo a más de 60 pies de altura, de las cuales hay doce a cada lado de la iglesia; esto es tan solo para dar una ligera descripción de la elegancia del

edificio. En verdad, no puede usted hacerse una idea, a menos que lo vea con sus propios ojos. Después de haber visto toda la iglesia, fuimos llevados al lugar donde debíamos hospedarnos, lugar donde nos encontramos en la actualidad. Desde que estamos aquí mi muestrario y mi cubierta para banco han sido vistos por numerosas señoras y caballeros; y es mucho lo que han sido admirados por cuantos lo han visto. Estimada maestra, a pesar de que estamos a cientos de millas de distancia una de otra, confío en que no creerá que puedo olvidarla, ni a los amables amigos (me refiero a mis protectores) quienes han sido tan buenos conmigo, pues, de no haber sido por ellos y por usted, quizás nunca hubiera podido aprender la mitad de lo que sé, en cuanto a la educación recibida, por la cual, por ellos y por usted, elevaré a Dios mis humildes oraciones pidiendo el bienestar de usted, tanto en esta vida como en la venidera. Por favor démele recuerdos al señor Andrews, y mis saludos cariñosos a todas mis condiscípulas. Papá, mamá y mi hermano se unen a mí para expresar nuestro cariño hacia usted y hacia el señor Andrews.

Suya, con todo respeto,

Serena M. Balwin.

P.S.— Señorita Elisabet, consígame por favor 3 yardas de cañamazo del fino y tres yardas del bueno amarillo. Tres juegos de agujas de hacer medias, de distintos tamaños y 2 madejas de lana, azul para terminar el cubertor y que se me olvidó traer. Mamá ha incluido cuatro dólares para esto. S. M. B. (La carta fue escrita desde el local de la Logia Cuna de América).

Conforme el número de las embarcaciones iba aumentando y los inmigrantes comenzaban a llegar constantemente en grandes cantidades y a ser distribuidos en localidades apartadas de la isla, eran recibidos con menos fanfarria. No solo su llegada, sino también sus embarques se convirtieron en cuestión de rutina. Al parecer las instructivas y confortadoras reuniones de despedida que le fueron organizadas a los primeros emigrantes no se repitieron para los últimos grupos. La selección de los emigrantes vino a ser más descuidada y evidentemente la intención práctica de Boyer de promover una agricultura independiente en su país llegó a ser cuestión secundaria al propósito humanitario y jamás fue

adecuadamente impartida entre los emigrantes. Muchos de estos eran sirvientes, obreros semicalificados, y, no hay duda, personas que no habían recibido educación alguna ni adiestramiento por tratarse de negros recientemente emancipados que procedían de barrios pobres donde vivían hacinados, como el sector marginado de Moyamensing, en Filadelfia.

Del estado de Virginia, de viejo resentida por la falta de cooperación de Pennsylvania en devolver los esclavos huidos, surgió la sospecha de que esclavos escapados de sus amos también eran comprendidos entre los emigrados que partían rumbo a Haití. Como respuesta a tal posibilidad, Maryland aprobó leyes que requerían pruebas tan minuciosas de la manumisión de cada liberto que, de hecho, hizo prácticamente imposible la emigración de negros por el puerto de Baltimore. Si alguna persona escapaba de la esclavitud y se dirigía directamente a los barcos que partían, era natural que tal cosa no era del conocimiento de ninguna persona interesada. Vive hoy en Samaná un señor que se muestra renuente a hablar acerca de sus antecesores, pero le confió a un amigo suyo, que habían sido esclavos en los Estados Unidos y que alguno podía tratar de "hacer uso de él" debido a esta circunstancia. El reverendo Nehemiah Sillmore, ministro de la African Methodist Episcopal Church en Santa Bárbara de Samaná, cree que la historia de su bisabuelo fue la de un esclavo que huyó cargando un niño de dos años de edad e hijo de otro esclavo de más edad con quien se había escapado. El compañero más viejo dejó caer al niño en un momento de pánico cuando los perros lo cercaron y Wilmore recogió al niño y huyó con él hasta ponerse a salvo. Este llevó consigo al niño cuando emigró, pero no se ha puesto en claro si esto se hizo inmediatamente después de su escapada.

No parece que de 6,000 negros norteamericanos que abandonaron su país fueran todos legalmente libres, sino que al igual que lo relatado, solo unos cuantos se colaron de esa manera para escapar, pues de lo contrario se hubiera producido una protesta general. No es probable que ni Granville ni los patrocinadores blancos de la emigración hubieran corrido el riesgo que significaba para la continuación del proyecto el que se violaran las leyes vigentes.

El proyecto, sin embargo, estaba comenzando a tener tropiezos y cierto número de casos e incidentes en breve lo empujaron a su término. Entre los centenares de personas envueltas en la transportación de tantos emigrantes, agentes, abastecedores y capitanes, hubo, lamentablemente como era de esperarse, algunas

deshonestas, inclinadas a hacerse cómplices o a beneficiarse cuanto más posible de la aventura. Menos no podía esperarse también de entre los inmigrantes, el que no hubiera entre ellos ninguno inclinado a hacerse la vista gorda, malhechores., y descontentos. De tales, unos cuantos regresaron a los Estados Unidos y allí vociferaron sus quejas.

La carta de John Somersett escrita el 20 de octubre de 1824 comenta uno de esos casos:

“En cuanto a Samuel Tines, ese es una pobre miserable criatura que no merece vivir entre hombres libres, y carente de suficiente coraje para mover una cortina de humo. Lloró en las mismas calles como un niño por su madre, y no lo hacía como demostración del hambre que sufría pues nos daban alimentos para dos semanas, suficientes para todo un mes; nuestras raciones consistían en harina de trigo, arroz, carne de res y de puerco, pescado, pan y galletas frescas, café caliente todas las mañanas; además de distintos platos dos veces al día y en ocasiones más de dos veces; pero cualquier persona sabrá que Tines no se quedó aquí tiempo suficiente para poder dar información acerca del país”.

El hijo de Richard Allen, John, fue uno de los primeros emigrantes de Filadelfia asentados en Puerto Príncipe. En su primera carta a su familia se manifestó muy agradecido de su padre Allen por haber patrocinado personalmente la emigración, pero también esto pudo haber sido una intimación al obispo acerca de problemas que habían de producirse. “Estimado papá”, escribió John el 21 de octubre de 1824:

“Llegué a Puerto Príncipe el domingo 10 de octubre y encontré que el país era mucho mejor de lo que esperaba. Los emigrantes todos llegaron sanos y se encuentran en general bien, y parecen sentirse satisfechos, excepto unos cuantos que esperaban convertirse en grandes personajes, sin tener que hacer nada para ello. Todos tenemos que aprender a caminar antes de que salgamos corriendo. En la isla hay paz y tranquilidad. El suelo es fértil y lo que se necesita es quienes lo laboren. Los emigrantes, en general, desean que yo le dé a Ud. recuerdos de parte de ellos y que le informe que se sienten satisfechos en el país. Hay algunas personas que espero escribirán en forma irrespetuosa respecto de Haití, pero se trata de unos cuantos díscolos que jamás estarán satisfechos no importa donde estén”.

En diciembre siguiente, el obispo Allen certificó en una publicación hecha en el “United States Gazette” que había

recibido cierto número de cartas remitidas por los emigrantes y que todas contenían informes favorables acerca de la isla y al parecer todos se sentían satisfechos. La "Gazette", de su parte, alegó tener "en su poder informaciones positivas en relación con la situación de los emigrados, las cuales comprendían más de un centenar de cartas; todas ellas con muy raras excepciones expresan, en los términos más exaltados, la forma como fueron recibidos en el país al desembarcar, y hablan de las perspectivas que tienen debido a la forma como son aceptados en todas partes sin discriminaciones, lo que ha sido para ellos una realidad que ha superado cuanto esperaban".

Desde Samaná, el doctor Belfast Burton, quien se identifica como residente últimamente en la casa 155 Sur, de la calle Quinta de Filadelfia, escribió una larga carta descriptiva acerca de la península. Había arribado allí en el barco "Four Sons" en compañía de Granville y un grupo de emigrantes a fines de enero de 1825. De él son nuestras primeras informaciones pormenorizadas acerca del establecimiento de americanos en Samaná. Entre otras cosas, dice:

"Es bien sabido que hay algunos que jamás se sienten satisfechos en ningún lugar y en situación alguna, pero las personas de aquí se manifiestan altamente satisfechas, y dicen que superan sus más exageradas esperanzas lo encontrado en el país, y que no regresarán a los Estados Unidos, si se les da terrenos gratuitamente. Los nativos eran hospitalarios en extremo y parecían muy complacidos de vernos aquí, ofreciéndonos toda clase de ayuda que estuviera a su alcance, para comodidad de los emigrantes".

Las informaciones suministradas por los inmigrantes en sus cartas eran favorables y alentadoras, pero, a pesar de esto, circulaban en los Estados Unidos rumores de lo insatisfechos que estaban los emigrados y en torno a Boyer, igualmente infundados. Los vagos y ociosos se mantenían en los alrededores de los muelles de Puerto Príncipe y sus chismes y quejas eran llevados a sus hogares por los que navegaban en barcos americanos. Algunos de los americanos que respaldaban la aventura fueron a Haití personalmente para investigar cual era la situación real. El Rev. Williams, el Rev. B.F. Hughes, Benjamín Lundy y Loring Dewey hicieron el viaje, entre otros. Ninguno puso en duda el éxito general de la emigración, ni encontró que el gobierno haitiano hubiera cometido faltas ni señalaron defectos a la situación reinante en la isla. Dewey escribió en abril al obispo Allen lo siguiente:

"Yo. . . no tengo motivo alguno para cambiar de opinión

acerca de las grandes ventajas derivadas de la emigración ni razones que antes no haya expresado. He comprobado muchas cosas que me dieron lástima presenciar, en cuanto a la situación de los emigrados, y muchas, que me han producido mucha complacencia. Me siento satisfecho de que la mayoría de los males que han motivado sus quejas provienen de problemas generados por ellos mismos, debido a erróneas expectativas que no tenían razón de abrigar; de la falta de unión entre ellos mismos; de carecer de una determinación por establecerse lo que debían hacer a su llegada al país; de haber dejado de traer consigo minucias que le eran necesarios, las cuales no debieron esperar recibir las de manos del gobierno haitiano. . . . Ya aquí, por permitir que se les dé tierras por separado y dispersos en exceso, y cómo era necesario hacerlo. Los inmigrantes han hecho muchas cosas distintas de lo que desea el gobierno que hagan, como irse a trabajar para empresarios, en lugar de trasladarse a las tierras que desea darles el gobierno, pero el gobierno no los ha obligado a coger los terrenos ofrecidos, sino que los ha dejado hacer lo que quieran, aun mientras les ha estado suministrando provisiones, a pesar de su negativa a recibir tierras en propiedad personal”.

Llegó a los Estados Unidos la noticia de que Boyer se sintió tan desencantado por la actitud de algunos de los emigrantes que firmó 200 pasaportes en un solo día para los que deseaban regresar a su país de origen. Dewey declaró más tarde que un número algo mayor llegó a ser el total de los que hicieron el viaje de regreso a los Estados Unidos. Un informe del Rev. Hughes, ministro negro e investigador enviado desde New York por la Sociedad Misionera, parece respaldar los señalamientos de Dewey. Como aquél, Huges cree que los descontentos llegaron a Haití con expectativas injustificadas, como puede conformarse en las palabras siguientes:

“De la idea de libertad, muchos de nuestros infelices hermanos han separado la de justicia, orden, freno. . . . El que no se le haya permitido disponer de cosas que consideraban convenientes, al no ser indiscriminadamente admitidos en los círculos sociales de los principales individuos del país, pues aun pretendían penetrar en el domicilio personal de Su Excelencia, el Presidente de la República, resulta, en su estimación, que han recibido un trato odiosamente cruel y casi al igual al que se recibe bajo la más absoluta esclavitud”.

Otros, explica Hughes, habían rechazado de manera arbitraria aceptar las súplicas y sugerencias del gobierno, las cuales

consideraba el señor Hughes como “mucho más liberales que toda concepción razonable”.

La paciencia del gobierno se puso en evidencia en relatos atribuidos a Loring Dewey publicados en el “Baltimore American” acerca de cierto grupo de emigrantes. Hechos aquí:

“... éstos no permanecerían entre compañeros selectos que se le asocien ni por si mismos se quedarían en los terrenos del lugar que les fueron asignados y para los cuales fueron inscritos sus nombres como propietarios. Se dio un caso de tanta vacilación que a uno se le llenaron los documentos de propiedad, necesarios para asegurarles la posesión legal de las tierras, por unas siete veces, teniendo que procederse a anular una concesión tras otra”.

El Agente Comercial de los Estados Unidos en Puerto Príncipe tuvo, por lo menos, un motivo de regocijo en esos casos de personas caprichosas. Llegó a informar sin embargo, que en épocas pasadas hubo en los puertos haitianos lo siguiente:

“Dificultades ocasionadas por nuestros marinos de color que son protegidos en violación de las regulaciones de embarque y hasta había ocurrido que habían podido recuperar los daños ocasionados por capitanes al adoptar ciertas medidas para prevenir la desertión de tales marinos o para mantenerlos en el cumplimiento de su deber”.

Aseguró el Agente que Boyer había dado ahora su palabra de no interferir más, “debido a haberse disgustado muchísimo por la conducta de los emigrantes que ponían de manifiesto la inconsistencia de sus disposiciones”.

Además del problema de tratar de asentar a los emigrantes de manera ventajosa y a satisfacción de ellos, el gobierno conocía que había personas, relacionadas con los medios de transportación, que sentían tentaciones de sacar beneficios ilegales de la emigración.

En los comienzos de la aventura migratoria, el 18 de octubre de 1824, uno de los inmigrantes escribió desde la ciudad de Santo Domingo que en la goleta en que había venido al país y había descubierto un lote de \$2,000 en monedas falsas y un contrabando de ginebra y brandy el cual tan pronto fue detectado fue confiscado. Además de falsificaciones y contrabandos, algunos capitanes, sin embargo, burlaban el pago de los derechos del puerto y vendían en la isla los suministros sobrantes que ostensiblemente habían sido llevados a bordo para consumo de los emigrantes. El gobierno

haitiano se vio obligado a notificar a los capitanes americanos que los impuestos cobrados en los puertos eran la base de la economía fiscal por lo cual no podían permitirles tales privilegios. Parece ser que hubo hasta raptos de negros, motivados por la rapacidad de los capitanes, para venderlos luego como esclavos.

Lo que colmó la paciencia de Boyer fue una forma de fraude en complicidad con los emigrantes. El 4 de abril de 1825, el barco "Olive Branch" ancló en Puerto Príncipe. Tres días más tarde muchos de los inmigrantes llegados en esa goleta exigieron permisos para retornar a los Estados Unidos. El acto por cierto resultó sospechoso y el 17 del mismo mes, el gobierno haitiano anunció que después del venidero día 15 de junio no pagaría más el pasaje a los emigrantes procedentes de los Estados Unidos. Al hablar a nombre del Presidente, el general Inginac declaró que el "agiotismo" había convertido la emigración en una aventura comercial.

Unos cuantos barcos más partieron de los Estados Unidos antes del 15 de junio mencionado y, uno de ellos, lo hizo en 1826, llevando emigrantes de Carolina del Norte para quienes la Sociedad para la Manumisión del Negro pagó el pasaje debido, pero el gobierno haitiano ya no financiaba la inmigración de personas de color que fueran libres, conforme a las leyes de los Estados Unidos, operación que terminó casi precisamente un año después que Jonathan Granville llegara a New York para iniciar la emigración.

Granville permaneció en Haití después de hacer la entrega de un grupo en Samaná y en Puerto Plata. Al parecer continuó observando su cuidadosa conducta y trabajó duramente en los Estados Unidos demostrando preocuparse por ofrecer atenciones a cualquiera de los emigrantes que tuviera dificultades genuinas.

John Cronwell, quien sufrió debido al agua envasada en barriles untados de aceite y por las provisiones saladas que consumió durante su viaje a Samaná, escribió en una carta lo siguiente:

El señor Granville fue muy amable con nosotros; tan pronto caía uno enfermo comenzaba a tratarlo amistosamente y jamás cesaba de visitarle mientras no salía del lugar. Diariamente enviaba provisiones procedentes de la comida de su casa para los enfermos. Suministraba pescado fresco a diario por las mañanas, adicionalmente a las raciones que recibíamos. Al irse de aquí me regaló lo suficiente para tener un buen comienzo para establecerme como comerciante al cederme gratis una

partida de mercancías que valían de 90 a 95 dólares”.

El doctor Burton reafirma en su carta esta descripción del carácter humanitario de Granville al escribir lo siguiente:

“El ha demostrado ser un caballero en todo el sentido de la palabra, y se demostró amigo de todos los emigrantes en esta localidad, y como un verdadero filántropo. Durante la travesía hizo cuanto creyó conveniente para acomodar a los pasajeros y hacerles el viaje placentero. Aquí hemos frecuentemente sabido que tomó de sus propios bastimentos, y vinos de su propiedad, para dárselos a quienes pensaba que eran débiles del estómago, más bien que poco inclinados a los alimentos ordinarios. Esto no es todo, hasta sus propias camas las distribuyó entre los enfermos y a uno de éstos lo envió al hospital; y en dos casos he sabido que acostó enfermos en su propia cama y en su mismo aposento personal. He leído a menudo, y he oído hablar, de grandes filántropos, pero jamás ha habido ninguno más grande que él”.

Los emigrados a Samaná y a Puerto Plata y a otras localidades rurales estaban adaptándose al país y algunos ya tenían cultivos adelantados, pero en Puerto Príncipe, Granville había recibido provocaciones de “las excesivas pretensiones de algunos sirvientes que, no habiendo encontrado aquí las sobras de mesas espléndidas, y creyendo que, con las viejas casacas y botas que trajeron, regalos de sus amos, se iban a convertir en personajes y príncipes, y que, al disiparse por desengaño su vanidad, no eran capaces de doblar el lomo para manejar la coa o el pico, habían vuelto a dedicarse a limpiar zapatos y trabajar de barredores como en los Estados Unidos; adiós les decimos a estos”.

Granville estaba justamente amargado por las muestras de venalidad, ingratitud e irresponsabilidad que habían dado ocasión de que se usaran nombres despectivos, esencialmente injustos, para un país que les había ofrecido libertad social y oportunidad a millares que, de otra manera, no las hubieran disfrutado, y las cuales no habían sabido aprovechar o habían fracasado solo unos cuantos cientos. Humanamente, desahogó su disgusto en un solo hombre a quien atribuyó el haber producido “el mayor mal causado a la emigración”.

“...quien bajo el velo de la filantropía había traído a este país sus puntos de vista personales y planes para hacer fortuna no hemos dado abrigo a ellos, hemos desbaratado sus hábiles maniobras, su egoísmo y su interés personal y por tanto somos

para él gente que no sirve para nada, tenemos un gobierno pésimo, no hemos cumplido las promesas hechas a los emigrantes. . . .”

Evidencias circunstanciales apuntan hacia un capitán americano el cual pudo ser la persona que motivó la ira de Granville, pero en sentido amplio, el éxito de la aventura migratoria se vio entorpecido por problemas múltiples de comprensión, planeamiento y comunicación inherentes a toda gran empresa y, especialmente, quizás, por el fracaso anticipado para los pocos díscolos, inevitables, que tan frecuentemente obstaculizan los esfuerzos humanitarios.

El proyecto había costado al gobierno haitiano \$300,000 dólares, una suma que según Dewey era “sin duda mucho mayor que la totalidad de las caridades públicas realizadas en los Estados Unidos en el año anterior”. Ninguna de las sociedades americanas que promovían la emigración disponían de dinero para contribuir al pago del pasaje de los emigrantes, ni para suministrarles herramientas de trabajo y otras necesidades, aunque esto último se había pedido con urgencia en forma repetida, por algunos de los proponentes del experimento. A pesar de que Boyer, durante cierto tiempo, continuó dando tierras y medios de subsistencia, el proyecto perdió su impacto popular en los Estados Unidos y hasta sus más consagrados voceros parece que no hicieron esfuerzos por levantar los fondos necesarios para continuar el movimiento migratorio.

En la década de 1860 se produjeron dos emigraciones masivas hacia Haití, en estos casos iniciadas y patrocinadas por grupos de los Estados Unidos. Una fue la llamada emigración “Redpath”, una humanitaria aventura, y la otra un intento comercial por establecer un asentamiento en la Isla A Vache. Este último resultó un desastre desconsolador y la emigración Redpath tan solo en apariencia alcanzó mejor éxito. En el último de estos proyectos, los inmigrantes no solo se sintieron frustrados en sus expectativas, sino que también sufrieron epidemias y hubo entre ellos muchas muertes.

Algunos comentaristas que han hecho resúmenes acerca de las varias oleadas de emigrantes negros a Haití tienden a llamar fracaso los últimos dos proyectos, al igual que al primero anterior. De los documentos norteamericanos coetáneos no parece que tal cosa pueda estar justificada. El proyecto de 1824—25 fracasó en el sentido de que, debido a tramposería y malos entendidos, se descontinuara al estar sometido a una ligera nube de

críticas. Con muy pocos contratiempos serios que eran suficientes para asegurar el retorno de los emigrantes y pocos enfermos y tan solo cinco muertes, más de cinco mil quinientos libertos negros, de los Estados Unidos, fueron absorbidos por la población de la Hispaniola.

El establecimiento de los primeros grupos de inmigrantes que sigue siendo hoy identificable, el de los americanos de Samaná, en el territorio de la República Dominicana, puede que nos ayude a comprender no solo algo más de esa emigración en particular, sino también algo de la dinámica envuelta en todo asentamiento, en país extranjero, de emigrantes, de su integración y adaptación cultural.

(Traducción de George Lockward).